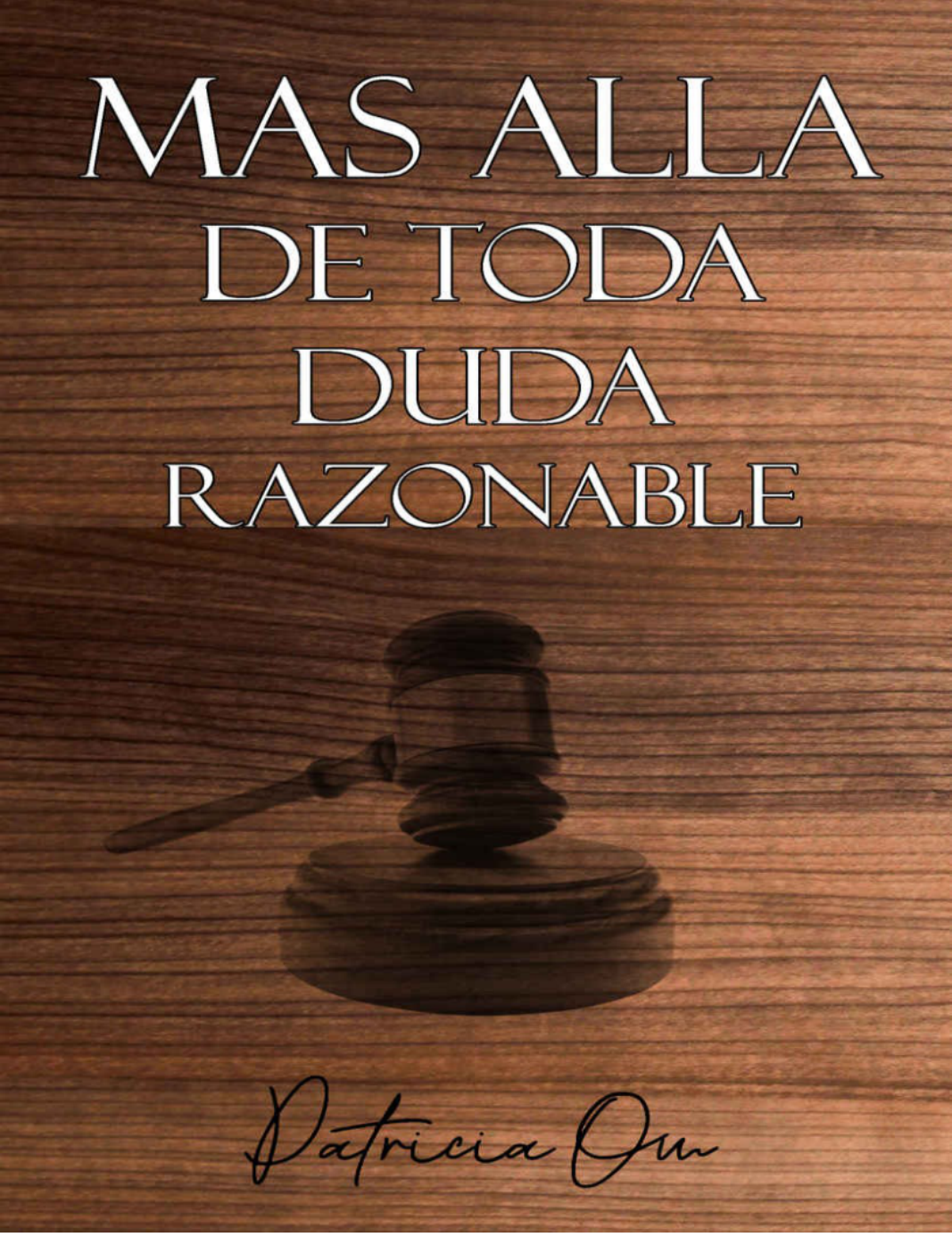
MAS ALLA DE TODA DUDA RAZONABLE



Patricia Orr

Contents

Más allá de toda duda razonable
1
2
3
4
5
6
7
8
Otras obras de la autora

Más allá de toda duda razonable

Patricia Om

Portada: Rafael Ortega
Página web de la autora:
www.patriciaom.com.ar

Copyright © 2021 Patricia Om
Todos los derechos reservados.

1

Ramiro Portela trabó las puertas del automóvil y caminó con desgano hasta el ascensor que lo llevaría a la planta baja. Era viernes y el cansancio de la semana parecía haberse acumulado en sus piernas. Le pesaban.

Dentro de la cabina, sus pensamientos viajaron desde la pequeña discusión que había tenido con Kevin, esa misma mañana, hasta los exámenes no corregidos de sus alumnos del segundo ciclo; repitiéndose una y otra vez que debía pasar por Cloe al mediodía.

Cuando las puertas se abrieron vio a Josefa, la secretaria de Sam: apretujaba un pañuelo contra su boca y lo miraba con ojos enrojecidos.

Una alarma se encendió dentro suyo.

Entre asombrado y preocupado, recorrió con la vista la galería. Gran parte del profesorado estaba allí, repartido en pequeños grupos, cuchicheando a media voz.

—¿Pasó algo? —preguntó.

Josefa avanzó hacia él lloriqueando, lo tomó por el brazo y lo apartó hacia un pasillo lateral.

—Es Sam... —titubeó.

—¿Qué le pasó?

—Está... muerto.

Fue una bofetada, un sablazo que silenció todos sus razonamientos. Sam no podía estar muerto. Era imposible.

—¡¿Qué?! ¿Cómo? —balbuceó cuando al fin logró articular palabra.

—Parece que fue un infarto.

Las piernas se le aflojaron, amenazando con dejar de sostenerlo. Necesitó acuclillarse y recostar la espalda contra la pared. Josefa se agachó a su lado.

—La policía y los médicos están analizando el cuerpo —siguió la mujer en tono confidencial.

—¿Adónde...? —preguntó con el mismo secretismo.

—En su oficina.

—¡¿Qué?! ¿Murió en la oficina?

—Sí; anoche, al parecer.

El estómago se le retorció en un vacío sordo y doloroso, el espacio se movió a su alrededor girando sin control, se apretó con fuerza las sienes para no caer hacia un lado.

El enojo de Kevin, la sonrisa de Sam, una puerta de auto que se estampaba como un cachetazo, el feliz cumpleaños cantado por Cloe y

Zahara, las risas compartidas con Layla, el abrazo de Andy; todo pasó frente a sus ojos como una película.

—Señor Portela.

La voz era suave y potente a la vez. Provenía de un hombre con ojos grises que lo observaba. Josefa se levantó de inmediato; a él le costó un poco más.

—Soy el inspector Torrealta. —Se presentó el recién llegado—. ¿Podemos hablar?

«Sam está muerto».

—Claro.

Se sentaron a una mesa, en la cafetería del instituto.

—Usted trabaja aquí, ¿verdad? —Ramiro asintió con la mirada perdida—. ¿A qué hora se retiró anoche?

Tuvo que pensar la respuesta. Le hubiera gustado saber de antemano a qué hora había fallecido Sam. Pero claro, la función de la entrevista, justo en ese momento y allí mismo era, precisamente, que no pudiera acordar nada con nadie. Ni siquiera consigo mismo.

—Como a las siete, siete y media... creo. No recuerdo bien... ¿Necesito un abogado?

El inspector fijó en él su mirada interrogante.

—¿Por qué? ¿Hizo algo malo, señor Portela?

Torrealta hablaba en un tono neutral que no denotaba emoción alguna, sólo curiosidad. Ramiro negó con la cabeza, de manera enfática. Demasiado enfática. Sonrió nervioso, consciente de que debía verse patético.

—Demasiadas películas —deslizó como excusa.

—Entonces sabrá que una persona necesita un abogado solo cuando está sospechada de algún delito. Y, por el momento, usted no lo está. Esta charla —enfatizó moviendo el índice de uno a otro—, la vamos a tener con todos sus compañeros de trabajo, con la familia y los amigos del occiso, ¿entiende?

Asintió, confuso.

—¿Cómo murió? —preguntó.

—Eso ya nos lo dirá el forense. Por ahora parece que fue un infarto. Hay que averiguar qué, o quién, se lo provocó.

—No sabía que Sam sufriera del corazón.

—*Sam*, ¿eh? —El inspector bebió un sorbo de café—. Había un tubo con píldoras en el bolsillo del muerto. Warfarina. ¿Sabe para qué sirven? —Ramiro negó con la cabeza—. Para evitar coágulos. Eso dijo el doctor. Yo de medicina, poco y nada. —Observó el pelo blanco y algo largo del policía. Desordenado—. Dígame, Portela —continuó—, ¿estuvo en el despacho del señor Eisen ayer?

Ahí estaba. La pregunta que no quería. Se echó hacia atrás y cruzó

los brazos sobre el pecho.

—Sí, pasé un momento para dejarle las evaluaciones del primer ciclo, tenía que firmarlas.

Torrealta se acodó en la mesa y jugueteó con una servilleta, juntando los labios como pico de pato.

—Esas cosas... ¿no se las deja uno a la secretaria?

—Josefa ya se había ido.

—Ahá. La señora de pelo cortito. Sí, nos dijo que se retira a las ocho. Si usted pasó a las diecinueve o diecinueve treinta, debería haber estado en su puesto, ¿no cree?

—Tal vez había ido al baño...

El inspector suspiró y se puso de pie. En sus labios se dibujó una breve sonrisa.

—Puede ser. No se preocupe, Portela, es probable que el pobre hombre haya tenido un infarto de la nada y ya. De todos modos, hasta nuevo aviso no se aleje de la ciudad.

—De acuerdo.

2

Le resultó difícil soportar la imagen de la bolsa negra en cuyo interior descansaba el cuerpo de Samir. Sintió el deseo, casi incontenible, de entrar al despacho y registrarlo, de sacar todo aquello que pudiese comprometerlo, si es que había algo. Pero la cinta amarilla y el agente de guardia no se lo permitirían. Levantó el morral del piso y acomodó los exámenes dentro de la carpeta malva. Algunos compañeros lo miraron de soslayo, con ojos acusadores.

«Inhalar profundo y hacer caso omiso de todo».

Una mano se apoyó en su hombro, sobresaltándolo. Era Andy.

—¿Ya te vas?

Ramiro asintió y continuó caminando hacia el ascensor.

—Se me hizo tardísimo, tengo que ir a buscar a Cloe al jardín —respondió como un autómata.

—¿Te puedo acompañar? —indagó el otro, escoltándolo.

—Sí, por favor, necesito que me distraigan.

—Lo sé, lo sé. —Andy palmeó fraternalmente su brazo—. Una putada lo que pasó. ¿Cómo estás?

—En shock. Todavía no puedo creerlo.

—Nadie puede. —Su compañero lo dejó pasar en primer lugar y, una vez que las puertas se cerraron, siguió hablando en voz baja—: Algunos dicen que estuviste anoche en su despacho...

Ramiro apretó los labios.

—Sí, pasé a dejarle unos exámenes. Ya se lo conté a la policía.

—Ah, okey.

No tenía idea si Andy le creía o no. De todos modos, poco importaba.

—¿Vino Layla? —preguntó luego de exhalar un suspiro nervioso.

—Sí, es una chica fuerte, la verdad . Me asombra la entereza con que se lo tomó.

—¿Dónde está ahora?

—Se la llevó la policía, a ver a la madre. Aunque esté en un loquero, hay que contarle a la vieja lo que le pasó al marido, ¿cierto?

—¡Andy! ¡Susana no está en un loquero!

—Neuropsiquiátrico, loquero, ¡qué más da! A la mina le faltan un par de jugadores.

Volvió a suspirar. Es que se le cortaba el aire, estaba incómodo. En aquel momento le hubiera gustado ser como Andy, tan taxativo, tan ajeno a los remordimientos.

Ya en el garaje, accionó la alarma del auto y abrió la puerta trasera para tirar adentro el morral y la carpeta. Se percató entonces de las

cámaras de seguridad que controlaban todo desde lo alto. Un serpenteo helado lo estremeció.

—Contame qué se dice —le pidió a su amigo, mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

Andy repasó sus labios con la lengua y, con la mirada fija en el parabrisas, habló:

—Hay varias versiones, como siempre: que discutió con la hija, que el abogado de la mujer pidió un divorcio de cifras astronómicas, que tenía una amante, que había despedido a Josefa y entonces ella lo mató...

—¡Josefa! ¡Eso es ridículo!

—Lo sé, lo sé. Es mentira; era para distenderte un poco, nada más. Josefa sería incapaz de matar a un insecto... Aunque ya se sabe, ¿no? Las mosquitas muertas suelen ser las peores.

Andy soltó una carcajada corta que no hizo más que acentuar el malestar de Ramiro, incapaz de comprender cómo alguien puede encontrar diversión en semejantes circunstancias. Nunca nada parecía relevante para Andrés Guevara.

3

No había nadie en casa cuando llegó junto a su hija menor a quien, luego de servirle un aperitivo, le permitió ir a mirar televisión en el dormitorio. Puso una cápsula y agua en la cafetera y esperó, apoyado en la mesada, con los brazos cruzados y el corazón martillando su pecho. Al escuchar ruidos en la sala, se asomó.

—¡Papi! —Una niña corrió hacia él con una bolsa en cada mano. Ramiro la estrechó con cariño, necesitaba imperiosamente ese abrazo —. ¡Compramos lo que necesitamos para el cole!

—Creí que ya tenían todo... ¿No empezaron las clases?

—Sí, ¡pero a mí me faltaban un montón de cosas! Porque ya voy a quinto.

—Ah, pero ¡qué importante!

—¿Y Cloe? —intervino Kevin, asomando por detrás de la niña.

—En el cuarto, mirando dibujitos... —masculló, sabiendo el rosario de reproches que le caería por dejar a la niña con el televisor y sin supervisión. Sin embargo, su marido no dijo nada; se dirigió a la mayor de sus hijas:

—Zahara, *please*, andá a mostrarle a tu hermanita lo que le compramos y decile que ahora voy a saludarla.

La chica obedeció, torciendo la boca, tal vez preguntándose por qué sus papás no se habían saludado con un beso como solían hacerlo.

Kevin dejó las bolsas sobre el sofá y se dejó caer junto a ellas.

—Me enteré lo de Sam —dijo.

—¿Quién te contó?

—Layla. Me llamó hace un rato, fuimos a tomar un café... ¡Pobre chica, está destrozada!

—No es para menos... No he podido hablar con ella todavía... Cuando llegué, la policía ya la había llevado a ver a su madre... ¿Te contó cómo está Susana?

—Al parecer no le afectó mucho. Está tan *empastillada* la pobre, que no tiene reacción alguna. ¿Vos cómo estás?

—En shock todavía... ¡No puedo creerlo!

—¿Lo viste?

—¿A Sam? ¡No, por Dios! La policía ya había cerrado el despacho; después lo sacaron en...

Se le quebró la voz al recordar la bolsa negra. Tan bello, tan varonil y elegante que había sido ese hombre... ¡y lo habían sacado dentro de una ridícula y vulgar bolsa negra! Como si fuese basura.

Kevin se levantó de inmediato y corrió a abrazarlo.

—Dicen que fue un infarto —balbuceó Ramiro cuando al fin pudo

hablar—. Y que tenía problemas de corazón.

—No lo sabía —repuso Kevin.

—Ni yo. Hablé mil veces con él y nunca lo mencionó.

—Layla tampoco me contó nunca nada. ¿Lo sabría?

—Tal vez no...

Permanecieron unos segundos en completo silencio, acompañándose.

—¿Estás mejor? —preguntó el rubio tomándolo por los hombros. Ramiro asintió—. Bueno, voy a saludar a Cloe y después, a preparar la comida.

Volvió a asentir con la mirada perdida, abrazado a sí mismo.

—¿Bañaste a la nena? —preguntó Kevin antes de doblar el pasillo.

—No. La llevé un rato a la plaza con Andy. No... no la bañé, pero le di la leche con vainillas.

El muchacho negó con la cabeza y sonrió con ternura.

4

Tomar una cerveza en la sala, mirando una película una vez que las chicas se hubieron dormido, era uno de los placeres de los que más disfrutaba la pareja. A ello se disponían en esa noche de sábado, cuando el timbre de la puerta los sobresaltó.

—Buenas noches —saludó el inspector Torrealta entregándole una hoja impresa—. Señor Portela, esto es una orden de allanamiento.

—¡¿Qué?!

El inspector, al que acompañaban tres policías, levantó un sobre transparente en cuyo interior había un botón.

—¿Esto es suyo? —preguntó, al tiempo que indicaba a los uniformados que ingresaran al departamento.

—¡Nuestras hijas están durmiendo! —protestó Kevin, trotando junto a los policías.

—¡No despierten a las nenas! —ordenó Torrealta en tono elevado, aunque sin gritar—. ¿Qué edad tienen sus criaturas, señor Portela?

—Nueve y cuatro. ¿Qué es eso que tiene ahí?

El inspector volvió a mirar el sobre, como si lo hubiera olvidado.

—¿Esto? ¡Ah, sí! Es un botón de camisa, acanalado, como los de esa que lleva puesta.

—Soy profesor en un conservatorio. Todo el mundo usa este tipo de camisas, allí.

El inspector lo contempló de costado por unos segundos. Largos segundos.

—No dije que lo hubiéramos encontrado en el conservatorio.

Otra vez, el aire ausentándose de su cuerpo. Inhaló profundo para no desmayar.

—No hay que ser un genio para imaginarlo —masculló.

Torrealta sonrió.

—¿Puedo pasar? —preguntó, metiendo la bolsita en el bolsillo de su chaqueta.

Ramiro dio un paso al costado y el policía ingresó, escrutando todo a su alrededor. Kevin, apoyado en el arco del fondo con los brazos cruzados, los observó con curiosidad a la vez que custodiaba el acceso al cuarto de sus hijas.

—¿Era muy amigo de Samir Eisen? —preguntó el policía, girando sobre sus talones.

—Era mi jefe... —repuso Ramiro, mirando de refilón a su esposo—. Éramos bastante amigos, sí.

—¡Señor! —Un policía apareció por detrás de Kevin, levantando una prenda—. Esto estaba entre la ropa sucia.

Torrealta se calzó unos anteojos que sacó del bolsillo interno de la chaqueta y comprobó la tela. Luego miró a Ramiro.

—Fíjese, Portela. A esta camisa le falta un botón. —Sacó la bolsita plástica y la levantó—. Este parece encajar justo, ¿no cree?

Kevin abrió desmesuradamente los ojos al ver que otro policía se acercaba a su marido, esposas en mano.

—¡Ah! —señaló Torrealta, indicando al agente que se detuviera—, me olvidé de decirle que en el despacho del señor Eisen se encontraron huellas suyas en una botella de whisky y en uno de los vasos que el director guardaba para... ¿ocasiones especiales, supongo? Una cámara de seguridad lo ubica en el sitio a una hora poco usual… pero eso usted ya lo sabe, ¿verdad? Y sí, este botón estaba en el piso del despacho de Eisen, así que necesito que nos acompañe para un interrogatorio formal.

—¿No murió de un infarto? —preguntó Kevin, desesperado, pasando por alto la sutil sugerencia que había deslizado el inspector.

—No. Fue envenenado con un veneno muy raro cuyo nombre no recuerdo en este momento.

5

Durante el viaje a la estación de policía, Ramiro recorrió en su cabeza los sucesos de la noche del jueves.

Sam y él en el despacho, hablando como siempre, en voz baja, cuidando que nadie pudiese escucharlos.

«No voy a dejar a Kevin».

«Tomemos un whisky, Rami».

«No puedo llegar a casa con olor a alcohol».

«A veces pienso que seguís teniendo miedo de Kevin».

«Miedo de Kevin».

—Llegamos —anunció Torrealta—. No se preocupe, Portela; seguramente su marido contactará con un buen abogado.

Ramiro negó con la cabeza. El único abogado que conocían era el que les había tocado en la adopción de las nenas. No solo llevaban tiempo sin verlo, sino que era abogado de familia, no criminalista. Pero mantenía la esperanza de que su esposo contase con la ayuda de Layla. Eso, claro, si la chica confiaba en que no había sido él quien había asesinado a su padre.

Luego de los trámites de rigor, lo dejaron dentro de una sala cuadrada con un espejo enorme. Allí, sentado en esa silla mugrienta se sintió miserable, pero antes de que la culpa lo obligara a deshacerse en lágrimas, Torrealta ingresó con un uniformado muy joven y se sentó frente a él.

—Cuéntemelo todo, Portela —le dijo.

—Supongo que puedo negarme a hablar hasta que llegue mi abogado.

—Puede hacerlo, claro. Pero cuanto más tiempo pase, menos probabilidades tendré yo de atrapar al verdadero culpable. —Ramiro lo miró con ojos vacuos. Torrealta continuó—: Sé que usted no lo hizo, pero todo lo inculpa.

—Y ¿cómo sabe que no fui yo?

—Intuición policíaca. —Ramiro mantuvo su mirada en la del inspector, sin responder—. ¿No me dijo que ve muchas películas? —Sonrió—. ¿Sabe cómo es esto? Le voy a explicar: yo estoy obligado a considerar la evidencia concreta, lo tangible, el estado de las cosas. Necesito ordenar los hechos y exponerlos para que el juez esté seguro, más allá de toda duda razonable, y pueda hacer su trabajo, ¿me comprende? Juzgar. Lo que tengo hoy, me dice que usted asesinó a Samir Eisen. Tuvo la oportunidad, ya que las cámaras lo ubican en el sitio a la hora correcta. Motivo... ya hablaremos de ello. Y en cuanto al arma... Seguramente usted puede conseguir veneno si quiere, ya

comprobaremos sus pasos... Aunque mi intuición me dice...

—No fui yo —murmuró, sin fuerzas.

—¡Ahí está el punto! ¡Yo le creo! Pero si no me da algo más para investigar, tendré que darle al juez lo único que tengo: un botón de *su* camisa, *sus* huellas extraídas de la botella de whisky y del vaso que estaban en el despacho de Eisen y el video del estacionamiento. —La mirada llorosa de Ramiro se perdió en el cemento irregular del piso, mientras sus dedos se cruzaban y descruzaban una y otra vez—. Averigüé algunas cosas sobre usted —continuó Torrealta. Ramiro exhaló entrecortado—. Hace dos meses ingresó en un hospital con severos golpes y contusiones en rostro, brazos y abdomen. —Dos lágrimas se deslizaron sobre sus rodillas. El inspector continuó, con voz blanda—: Usted declaró en aquel momento que rodó por una escalera, pero ni los médicos ni la policía le creyeron. —Hizo una pausa para inhalar profundo—. Fue su marido, ¿verdad?

Ramiro demoró varios segundos en reaccionar.

—¿Qué tiene que ver eso con la muerte de Sam?

En los ojos del inspector brilló una compasiva sonrisa.

—Usted tenía un romance con Samir Eisen y su marido se enteró.

—¡¿De dónde sacó se...semejante cosa?!

—Andrés Guevara. —Torrealta se puso de pie—. Declaró recién.

—¿Andy?

—Sí, contó cosas muy interesantes que vamos a investigar, por supuesto; pero estaría bueno que usted me lo cuente antes, para no andar dando palos de ciego. ¿Me comprende? Ahí hay un motivo.

—¿Usted piensa que Kevin...?

—Yo no pienso nada. Andrés Guevara parece que sí. Estoy cansado, Portela. ¿Va a hablar o va esperar a su abogado?

—Kevin no pudo haber hecho algo así.

—Tal vez. Pero sí pudo mandarlo a usted al hospital y salir impune, ¿verdad? Es lo que me dice la evidencia... Casi, casi, más allá de toda duda... —Sonrió felinamente.

—Me caí por la escalera —murmuró Ramiro, sin levantar la vista del piso.

El inspector suspiró resignado.

—De acuerdo. Me voy...

—Kevin no sabía lo de Sam.

—¡No sea ingenuo, Portela! —exclamó el policía con impaciencia— ¡Un cónyuge celoso siempre sabe esas cosas! Pero, ¿sabe lo que yo pienso? —Volvió a sentarse—. Que su marido no hubiera envenenado a su amante, hubiera ido directamente a re cagarlo bien a trompadas, ¿eh? ¿Qué cree usted? ¿Es meticuloso Kevin?

Ramiro encogió los hombros.

—Es ordenado. Hinchapelotas. Celoso. —Sonrió apenas—. Más

bruto que un arado... En cuanto a los golpes...

—No lo permita, Ramiro. No permita esos golpes.

—No podemos perder a las nenas —gimió.

—Usted cuénteme todo y yo le prometo que haré cuanto esté a mi alcance para que eso no suceda.

El muchacho levantó la mirada con cierta dulzura condescendiente.

—Gracias. Encárguese del asesino que yo me ocupo de mi familia, ¿está bien? Kevin no representa peligro para mí ni para nadie. — Torrealta no respondió. Había escuchado lo mismo cientos de veces, en boca de las víctimas—. Es cierto que tuve un... romance con Sam —siguió hablando Ramiro—, por un tiempo... bastante prolongado. El miércoles fue mi cumpleaños; mi marido organizó una reunión en casa con unos pocos amigos, entre ellos estaban Andy y Layla, la hija de Sam, que también es muy amiga nuestra. A veces nos cuida las nenas. Fue alumna mía, además. El día anterior, el martes, antes de salir del conservatorio, Samir me llamó para que lo viera en su despacho. Supongo que no necesita detalles del encuentro...

—No, no, gracias... ¿Bebieron whisky?

—Yo no bebo alcohol si no estoy con Kevin... No le gusta. Pero sí le serví a Sam un vaso y se lo alcancé. ¿Fue allí donde se encontraron los restos del veneno?

—Sí... Es curioso porque... Dígame algo, ¿quién lava los vasos que se usan en el despacho de Eisen?

—Josefa, supongo.

—¿Ve? Si los vasos se usaron el martes, ¿por qué para el jueves no se habían lavado? ¿O usted volvió a tocarlos el jueves?

—¡No! ¡Tiene razón! ¿Cómo es que mis huellas y los restos de whisky todavía estaban allí?

—Y el veneno. Es algo que hace efecto inmediato, no pudo haberlo consumido el martes y morir el jueves… Háble me de la camisa y de ese botón perdido.

—No tengo idea. Kevin me la regaló por mi cumpleaños. El jueves, cuando terminé de ducharme, estaba colgada en la parte interna de la puerta del guardarropa, que es donde me deja lo que debo ponerme.

Torrealta demostró cierto asombro ante el comentario y Ramiro se sonrojó, un poco avergonzado.

—¿Los botones estaban en orden?

—No noté que faltara ninguno.

—¿Fue la misma camisa que llevaba el martes, durante su encuentro con Eisen en el despacho?

—No. Kevin me la regaló el miércoles.

—Y el jueves se la dejó en el perchero, para que usted se la pusiera.

—Sí.

—Y el jueves, que es el día del fallecimiento de Eisen, ¿usted fue al

despacho?

—Sí. En realidad, había decidido cortar la relación con Sam; era una tontería seguir jugando con fuego. Realmente amo a mi marido. Aunque hace tiempo que las cosas no funcionan del todo bien, había decidido poner todo de mí para reflotar mi matrimonio, Sam estaba de acuerdo, así que pasé por la oficina justamente para aclarar todo eso. No hubo más que algunos juegos tontos, me fui enseguida.

Torrealta suspiró.

—Estamos analizando las cintas de las cámaras del garage... Me mintió, Portela.

Ramiro se retrepó en su asiento.

—¿A qué se refiere?

—Ese jueves no se fue a las siete y media, sino una hora después, a eso de las ocho y media, por eso la secretaria ya no estaba. Y después regresó.

Entornó los párpados, rendido.

—Pero no bajé del auto —murmuró.

—Lo sé, lo sé. Por eso yo creo que usted no lo hizo; el fiscal se pregunta si no estaría esperando a alguien.

—¿No está grabado que me fui solo, tal como llegué?

—Como le digo, lo estamos analizando. —Ante su gesto confuso, el policía aclaró—: Se está comprobando si lo que muestran las cintas es lo que realmente pasó... Sabe que pueden alterarse, ¿verdad?

—¡Eso es ridículo!

—Concéntrese, Portela. ¿Por qué regresó?

—Al llegar a casa discutí con Kevin... lo único que se me ocurrió fue irme... pensé en ver a Sam... Estaba confundido. Pero desistí, ¡le acababa de decir que no quería seguir, no podía entrar a verlo otra vez! Estuve un rato en el auto y me fui...

—¿Por qué discute tanto con Kevin?

La voz sonó como la de un padre.

—Es un poco celoso... Cree que tengo algo con Andy.

—Entiendo. Y a Andy tampoco le cae bien Kevin, ¿no es cierto? —Ramiro asintió con resignación—. Hemos averiguado que Samir Eisen vivía solo y que su esposa está internada en un neuropsiquiátrico. ¿Qué sabe usted de eso?

—La internó el año pasado, después de que le tiró la cuchilla con la que estaba cocinando. Siempre tuvo problemas nerviosos.

—Y ¿a qué se debió semejante reacción? ¿Lo sabe?

Los colores ascendieron lentamente hacia su rostro.

—Una infidelidad de Sam. ¡Pero no conmigo! Lo nuestro vino después.

—¿Otro hombre?

—Sí; Sam era gay, se casó por imposición familiar. Susana lo

descubrió tiempo después y bueno... se volvió loca. Literal.

Torrealta suspiró.

—El veneno que usaron se llama batracotoxina. Lo sacan de unas ranas en peligro de extinción que habitan por el oeste de Colombia. ¿Le dice algo?

Ramiro movió pensativamente la cabeza con el entrecejo fruncido.

—Ni idea —aseguró.

—Ah, y el patólogo dice que Eisen no sufría del corazón... ¿Raro no? Porque el frasco era de warfarina... —Un uniformado entró y le habló al oído—. Creo que llegó su abogado.

6

El timbre marcó el final de la clase. Ramiro sonrió levemente a sus alumnos que comenzaron a retirarse mientras él recogía sus carpetas y papeles, y los tiraba dentro del morral.

—¿Cómo van las cosas, Portela?

—¡Inspector Torrealta! —exclamó girando sobre sí mismo—. ¡Qué sorpresa! ¿Alguna novedad?

—Seguimos investigando —repuso el policía, ingresando al salón—. Estuve hablando con Josefa, me demostró que se puede entrar al instituto por el parque de atrás.

—¿Sí? Creí que se había cercado. Justamente, había alumnos que se escapaban por ahí, ¡algo totalmente ridícula!

—¿Por qué? ¿No es lo que hacen los alumnos de secundaria? ¿Escaparse si pueden?

—Esto es un instituto de música, se supone que vienen porque ellos quieren, no porque los obligan... Aunque..., sí, es cierto que más de uno viene por imposición familiar.

—Como la hija de Samir.

—¿Layla? Sí, pero a ella le gustaba venir. Se recibió el año pasado, ahora estudia biología o algo por el estilo.

Torrealta se sentó en uno de los pupitres.

—O sea, que sabe cómo entrar por el parque, donde no hay cámaras...

Ramiro frunció el entrecejo.

—No estará pensando que ella...

—Pudo haberle contado a alguien cómo entrar sin ser visto —completó el policía—. A Kevin, por ejemplo, son amigos...

—Ya le dije que Kevin no tuvo nada que ver. Esa noche estaba en casa.

—¡Es cierto! Habían discutido y usted fue a ver a Samir, pero no lo vio... ¿Layla estaba enterada de su romance con su padre?

—¿No se lo preguntó a ella?

—Se lo estoy preguntando a usted.

Ramiro exhaló un fuerte suspiro resignado y dejó el maletín sobre la silla.

—No puedo asegurarlo, pero creo que no lo sabía.

—Y ese muchacho... Andrés Guevara, ¿es gay?

—¡¿También piensa que tuve un romance con él?! —Torrealta no contestó; permaneció impasible, con los ojos mansos fijos en los suyos —. No, no es gay. De hecho, creo que siempre le gustó Layla.

—¡Layla! Qué interesante.... Bueno, Portela, lo dejo seguir con lo

suyo.

—Gracias, inspector.

—Una cosa más, ¿se enteró de alguien de su entorno, o de Samir, que tenga problemas coronarios?

—No.

—Yo sí. Susana Eisen. Tenga cuidado, Ramiro. Y recuerde: necesitamos evidencia más allá de toda duda razonable. Si se entera de algo, llámeme.

El inspector se alejó por la galería del instituto con pasos lentos y seguros. Ramiro no olvidaba el freno que le había puesto a su esposo el día que los presentó: «Si tu marido se vuelve a *caer* por las escaleras alguna vez —le había dicho—, yo mismo me voy a asegurar de que vos cumplas un año a la sombra por cada escalón que él haya rodado, ¿estamos? Un gusto en conocerte».

7

—¿Llevamos una o dos? —preguntó Kevin, sosteniendo una botella en cada mano.

—¡Dos, no seas ratón! —replicó Ramiro, mientras luchaba por peinar los rizos de su hija menor.

Su marido emitió un gruñido de disgusto y fue a buscar una bolsa para llevar las bebidas.

Zahara bajó, casi lista, con un hermoso vestido blanco, un peine en una mano y dos gomitas de colores en la otra.

—¿No había otro color de vestido para comprarle? —preguntó Ramiro, lo suficientemente alto como para que lo escuchara su esposo, que regresaba del dormitorio con una bolsa de papel dorado.

—Lo eligió Layla —declaró este, exculpándose.

—¡Claro, como ella no lo lava!

—No seas cascarrabias y terminá de peinar a tu hija.

Ramiro sonrió; a Kevin no le hacía ninguna gracia ir a cenar con los Pacheco, viejos conocidos suyos que celebraban su aniversario.

—¡Ya está! —gritó cuando al fin terminó de atar las coletas de ambas—. ¡Si me va mal con el piano me pongo una peluquería infantil! Soy un experto en trenzados, colitas y rodetes, ¿verdad? —manifestó, al tiempo que se colocaba la campera.

De pronto algo, en el cabello de la mayor, lo paralizó.

—Zahara, vení que quiero ver tu pelo.

La chica se acercó; él estudió las colitas que acababa de colocarle. Eran dos gomas recubiertas de plumas de colores. Tres colores. Rojo, azul y amarillo ¿coincidencia?

—¿Vos le compraste estas gomas? —preguntó a Kevin, que movió la cabeza, negando, mientras partía hacia el auto de la mano de Cloe.

—¡Me las regaló el novio de Layla! —contó Zahara con alegría—, las trajo de Colombia.

«El veneno proviene de un tipo de rana que se encuentra, por lo general, en Colombia».

«Susana Eisen tiene problemas coronarios».

«¿Layla sabía de su relación con su padre?»

«Entonces, ella sabía cómo entrar por el parque, donde no hay cámaras».

A Ramiro se le aflojaron las piernas.

8

—¿Adónde vamos? —preguntó Kevin con cara de susto al darse cuenta de que no doblarían en la avenida.

—A ver a Layla, vos esperame con las nenas en el auto.

Al llegar Ramiro bajó como una tromba y tocó desaforadamente, el timbre.

—¡Ramiro! ¿Qué hacés acá? —preguntó Layla al abrir.

—Fuiste vos, ¿no? ¡Vos mataste a tu padre!

Ella lo miró sin sorpresa.

—¿De dónde sacaste semejante cosa?

—Sabías de mi relación con tu padre.

La chica suspiró y caminó hacia su habitación escoltada por Ramiro. Una vez allí, abrió el placard. Del estante más alto tomó una pequeña caja que colocó sobre la cama y habló, mirándolo fijo a los ojos.

—¿Cómo lo supiste?

—Las gomitas que le regalaste a Zahara... tenés un novio colombiano...

—¡Estos chicos! —exclamó ella con un suspiro—. En fin, ¿tenés idea de lo que es enterarte, a los veinte años, no solo de que tu papá es puto, sino que, además, tu vieja se volvió loca por esa razón y está internada en un psiquiátrico? ¿Tenés idea lo que es llegar un día a clases, ir al despacho de tu papá y encontrarlo revolcándose con tu profesor? ¿En su propia oficina, en ese escritorio donde te sentaba cuando eras chiquita...? Ahí mismo, ¡donde está la foto de tu mamá! ¡Que el caradura la tiene para que todo el mundo la vea! ¡Para dar lástima! ¡Pobre, el director, que tiene a la mujer en un loquero! ¡Pobrecito!

Layla extrajo un arma de la caja y comenzó a manipularla. Ramiro, tenso, balbuceó:

—Dejá eso, Layla...

—¿No querés saber la verdad? Yo te la voy a decir. ¡¿Alguien me preguntó a mí cómo se siente tener una madre loca y un padre puto?! ¡No! ¡El único que me entiende es Kevin! ¡Asco me das, Ramiro Portela! ¡Revolcarte con mi viejo mientras tu marido y tus hijas te esperan en casa! —La joven se levantó de un salto y sonrió. Jugueteó con el arma, le apuntó a la cara entrecerrando un ojo, con la lengua asomada entre los labios. Luego soltó una carcajada y continuó—: El martes, después de que te fuiste, esperé a que saliera mi papá y me guardé el vaso que habías tocado. Al día siguiente acompañé a Kevin a comprarte la camisa. Compramos dos iguales; a una le arranqué un

botón y lo dejé caer en el despacho de mi viejo. Kevin tenía que dejar la camisa sana en el perchero y la otra en el cesto de la ropa sucia. —Volvió a reír ante la expresión estupefacta de Ramiro—. El jueves estaba a punto de entrar a la oficina, cuando te vi. Entonces esperé, esperé... Después entré, como una buena hija haciéndome bien la estúpida, como si no hubiera visto nada, como tantas veces.... Entre charla y charla metí el tubo de warfarina en su bolsillo para que mi madre también estuviese presente, después de todo, creo que le hubiera gustado vengarse. —Largó una carcajada—. Por supuesto llevé el vaso que tenía tus huellas y le serví un whisky... ¡Bien cargadito con el veneno que me trajo mi novio! En realidad, el pobre pensó que me estaba ayudando con un trabajo de la universidad. Le costó mucho conseguirlo y traerlo. Hay que conservarlo muy bien... Pero ya ves, hasta esa suerte tenés. Me salió mal. Todo por un regalito estúpido que mi chico le hizo a tu hija. ¿No es irónico? —Volvió a apuntarlo con el arma—. Ahora que ya sabés todo, vas a tener que morir —pronunció con voz vacía de toda emoción.

—¡Soltá eso! —gritó alguien desde atrás. Layla se giró violentamente y un disparo ensordeció el aire. Cayó de rodillas, luego se deslizó sobre el piso, en medio de un charco de sangre.

Ramiro trastabilló, aferrándose a una columna para sostenerse.

Kevin se acercó con un arma en la mano.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¡Vos lo sabías! ¡Fuiste su cómplice!

—¡Tenía que defender a mi familia! ¡Moría él o morías vos, pedazo de imbécil! ¡La próxima, lo vas a pensar dos veces antes de meterme los cuernos! Vamos a pasar por casa a cambiarme y después vamos a esa puta cena —indicó Kevin limpiando la pistola con la ropa de la muerta para tirarla después, a su lado.

Ramiro apagó el grabador del teléfono, dentro de su bolsillo.

—Sí —balbuceó, temblando mientras recordaba las palabras del policía: «recuerde que necesitamos evidencia concreta, para que el juez esté seguro más allá de toda duda razonable».

Y aferró aún más fuerte su celular.

FIN

Este libro fue adquirido a través de la tienda Amazon. Me ayudaría muchísimo que dejaras tu comentario en la plataforma. Desde ya, mi más sincero agradecimiento por haber leído esta historia.

Otras obras de la autora

Una carroza para Belén
La cruz de alabastro
Kika
Lo imperdonable
La doncella que limpiaba los cristales